

Julían Meza

Su majestad, la novela

1

Por históricas razones, hoy en vías de extinción, al igual que otros de sus pares en Europa central, antes de ser novelista Bohumil Hrabal desempeñó diversos oficios (oficial de notaría, viajante de comercio, obrero, triturador de papel viejo, ferrocarrilero, empleado bancario) que, ciertamente, alimentan su imaginación.

Ya en *Trenes rigurosamente vigilados* dio Hrabal muestras de una maestría narrativa que halla su perfección en *Yo que he servido al rey de Inglaterra*.^{*} Esta novela es escritura plena, rica en significado que de manera análoga a *Diccionario jázaro* de Milorad Pavič, sin perder de vista el presente, nos remonta a los orígenes de la novela europea (*Gargantúa*, *Don Quijote*, *El Lazarillo*) y de la narrativa checa de las primeras décadas del siglo xx (Kafka, Hašek, Čapek). Catapultándose desde las profundidades de la literatura europea, Hrabal da en el blanco de la modernidad con una novela escrita en un tono y con un ritmo únicos. *Yo que he servido al rey de Inglaterra* es auténtico relato: mito. La vida rutinaria y a la vez increíble del extravagante personaje que es el narrador se nos cuenta a la manera antigua: en forma oral, pero sin atentar contra la escritura de su creador, puesta en buen español.

El relato fluye a lo largo del periodo que va, aproximadamente, de 1930 a 1950 y, por lo mismo, tiene como telón de fondo tres contextos: la República, la ocupación nazi, el régimen comunista. Al igual que en los relatos orales, todos los capítulos se abren y se cierran con fórmulas ya clásicas y, al mismo tiempo, perversamente modernas. Como una evocación del "Érase que se era ..." o del "Había una vez ..." al empezar dice el narrador: "Poned atención a lo que os voy a contar ahora": y a la manera del "Colorín colorado ...", al concluir, pregunta

e informa: "¿Os dáis por satisfechos? Pues con esto termino por hoy."

Ajeno a cualquier artificiosa complejidad, el relato arranca de una doble y sólo aparentemente contradictoria advertencia hecha por un *maître* al héroe: el pequeño y trágico aprendiz de camarero que ambiciona el éxito económico y el reconocimiento social. Al empezar la novela oímos al jefe instruir al héroe: "Tú aquí eres un aprendiz, así que recuerda: no has visto ni has oído nada". Y a continuación añade: "Pero recuerda también que debes verlo todo y oírlo todo". Es evidente la referencia a la gastada filosofía de la vida: ver, oír y callar, sobre la que Hrabal ironiza sin pretensiones, con feroz sencillez. Y esto no es más que el principio. Más adelante se alojan en nuestros oídos otras expresiones, intrascendentes sólo en su forma, que constituyen los hilos conductores del relato.

La primera de esas expresiones la encontramos pronto en boca del poeta que, como Chaplin y no como Stalin, busca al hombre nuevo y arremete contra los bromistas: "Decadencia perversa, estúpida y criminal", y hasta el final en la voz del profesor surrealista que, harto del hombre nuevo fabricado por la máquina burocrática, se sirve de la misma expresión para fustigar a quienes tienen ojos y no ven.

La segunda expresión remite a la realidad de la fantasía. Con pequeñas variantes en la estructura de la frase, que producen grandes metamorfosis en el relato, el protagonista exclama de tiempo en tiempo: "... oía cómo lo increíble se convertía en realidad."

La última es capital. Da título a la novela y expresa el sentido del humor (negro) propio de Hrabal. Sorprendido por la sabiduría pragmática de su jefe, el insignificante camarero le pregunta: "¿Cómo sabe usted todo eso?" El *maître* responde: "Porque he servido al rey de Inglaterra". Dicha y oída solemnemente, esta *boutade* sirve de alimento al héroe hasta que acuña su propia

expresión: "Yo que he servido al emperador de Abisinia". Pero el humor no se agota ahí; también es instrumento al servicio de la reflexión: cuando el trágico personaje arroja unas monedas al aire para que la gente se pelee por ellas descubre lo que mueve al individuo, aquello en lo que cree y de lo que es capaz.

Aunque el aprendiz de camarero ocupa casi siempre el proscenio en su propio relato, por la novela circulan numerosos personajes nítidamente dibujados: notables de pueblo, parroquianos de trastienda, demolidores gitanos, fragantes prostitutas, tremendos viajeros de comercio, un presidente libertino, militares ebrios, colaboracionistas, resistentes, el Negus, un camello, escritores filocomunistas como Steinbeck o implacablemente norteamericanos como Hemingway, una obrera con los ojos abiertos, el mundo de la hostelería.

Un aspecto sobresaliente de la relación que tiene el eterno aprendiz de camarero con el aprendizaje de la vida es la manera como ésta transcurre en sus nexos con el mundo. Hay gente que busca las cosas, las hace, provoca su propio acontecer. Hay, en cambio, individuos que, como el infeliz camarero (o como Woody Allen en sus películas) no producen su acontecer, y entonces la vida les ocurre, les sucede. No eligen; son elegidos. Un gordo viajante de comercio pone en movimiento al pequeño aprendiz en una determinada dirección; Liza lo hace caminar hacia otro lado. Así, el pícaro ingenuo no vive su vida: es vivido por ella —excepto hacia el final. Más todavía: su única y decisiva decisión no es consecuencia de una iniciativa suya, sino del azar, de un descuido que le permite servir vino a Haile Selassie y recibir en premio una condecoración. Como no hace su vida, la vida se vuelve contra él. Liza lo escoge, lo convierte en colaboracionista y el *maître* le quita el saludo, como si "nunca hubiese servido al emperador de Abisinia". Desde la perspectiva de una vida

^{*} Ediciones Destino, Barcelona, 1989, 291 pp.



que se le impone, llega a creer que "todos los checos son injustos con los alemanes" ...en la Checoslovaquia ocupada por los nazis. Es tal su incapacidad vital que ni siquiera merece un nombre y su apellido, germanizado, le es impuesto por Liza: Dítie, en vez de Dítě, en una estación alemana de mejora de la raza. Pero es precisamente en medio de ese apareo racial hecho contra el amor en donde despunta su conciencia. Para poder casarse con Liza se deja examinar biológicamente por los mismos alemanes que asesinan checos, y luego lo lamenta. El castigo que le impone su creador es humorístico-religioso: su hijo padecerá eclampsia.

Contumaz en su marcha hacia la vida para los otros, el insignificante camarero, convertido en millonario por obra de un despojo, se entrega voluntariamente a las milicias comunistas, pero no para expiar su culpa por haber sido colaboracionista, sino para que se reconozca su condición de millonario.

Las expresiones aparentemente banales que trazan las vías del relato cobran sentido cuando el héroe abandona la prisión, pues entonces él, "que había servido al emperador" y, a menudo, era "testigo de cómo lo increíble se hacía realidad", se halla frente a un hombre que asesinó a su propio padre y pregunta por su madre a un asesino de Estado del Reich en Lidice.

Hacia el final el héroe empieza a recorrer su propio camino porque ya puede mirar dentro de su corazón: es capaz de burlarse de sí mismo, quiere estar solo. Y al mismo tiempo que la obrera Mariela descubre en la poesía el milagro de lo humano, él, que era sólo un ser carnal, descubre la vida en el rostro de ella. En lo sucesivo renuncia a ser reconocido a los ojos de los hombres. Y, por lo mismo, concluye: el fundamento de la

vida consiste en preguntarse sobre la muerte, en el hecho de que la diversión como necesidad metafísica sea poesía, cosas y acontecimientos hermosos.

¿Novela moral? Sí, pero con mucho humor, a la manera de los antiguos... y de pocos modernos.

2

A diferencia del frágil aprendiz de camarero que narra *Yo que he servido al rey de Inglaterra*, el héroe y también narrador de *Una soledad demasiado ruidosa** tiene un nombre: Haňt'a. También tiene toda una vida vivida: treinta y cinco años de ser, como su creador en otra época, triturador de papel viejo.

Haňt'a hace su trabajo en las entrañas de una ciudad que tiene la majestad en su pasado y escapa al olvido en parques, iglesias, tabernas, plazas, monumentos y personas memoriosas como él mismo. Pero la verdadera tarea de este héroe consiste en arrancar de las fauces de una máquina trituradora, encargada de prensar la memoria, el humor, la reflexión, el tiempo y otras maldades impresas, los libros y revistas que, junto con reproducciones de cuadros, papel sucio y ratones, serán reciclados y volverán, níveos, a las papelerías, a los talleres donde se imprime la palabra revelada: la *gueule de bois* del discurso oficial que pinta un mañana luminoso, pero que no por esto escapará más tarde a la prensadora.

Al igual que otros héroes plebeyos que animan los relatos situados en las ciudades barrocas de Europa central, Haňt'a es una presencia alimentada con cerveza, pues es ésta la única que, a tres o a cuatro patas, le permite sobrevivir en un universo en donde

la rutina y la estupidez son el tiempo del mundo. Pero a diferencia de sus homólogos, el silencioso personaje de *Una soledad demasiado ruidosa* ejerce gozoso su oficio y vive de su pasión: salvar libros que lo alimentan, pero que, apilados sobre su cabeza, también amenazan con sepultarlo en el cuarto en donde duerme.

Contada en el mismo tono, pero con un ritmo diferente al que se suceden las páginas en *Yo que he servido al rey de Inglaterra*, esta otra novela de Hrabal rescata, desde una perspectiva distinta, además de la memoria contenida en los libros, la memoria de la vida: Maruja, la juventud, una gitana sin nombre. Y es precisamente esta memoria de la vida la que puebla la soledad del héroe y dialoga con su silencio. Haňt'a vive solo, pero no está solo: lo acompañan miles de libros, las reflexiones leídas, hectolítricas jarras de cerveza, la intermitente evocación de dos mujeres y una cometa, una imaginación tan barroca como Praga, tabernas, su ciudad. Haňt'a es una vida vivida en un mundo crepuscular.

Más que en el humor, siempre presente, esta novela, feroz y tierna, se sostiene sobre el andamiaje de la reflexión y circula por los laberintos del sueño. Por momentos, recuerda a Kundera, en la intención, no en la forma. *Una soledad demasiado ruidosa* también es Kafka, fuera de Kafka. Es novela, poesía, ensayo. Rompe la barrera de los géneros y escribe el pasado y el porvenir de la escritura. Y, más allá de la escritura, se inscribe en la perspectiva de la vida que vale la pena de ser vivida, pese a la sordidez de la circunstancia, a la provisionalidad del momento. Al fin y al cabo, ¿qué son treinta y cinco años de historia en la cuenta larga del tiempo? Es verdad que se puede responder: una vida. la objeción es válida si el parámetro que se utiliza para medir la vida es la palabra historia. Carece de sentido si, en cambio, por encima de la historia palpita la vida vivida, pues cuando la historia pesa más que la vida la existencia es sólo vegetal, inanimada y, a fin de cuentas, cobarde. Como su creador, Haňt'a es un checo valiente. En la Praga ocupada por los rusos, vive y espera. La recompensa es más vida o una digna muerte.

Junto con Kundera, Bohumil Hrabal prueba que el fin de la novela está lejos. También demuestra que este género, invento genial de Occidente, vive en Europa central uno de sus grandes momentos. Y todo esto cuando aún no hemos asistido a la gran eclosión de la novelística centroeuropea que se escribió en el lado invisible del socialismo real. ♦

* Ediciones Destino, Barcelona, 1990, 160 pp.